

CONVERSIÓN DE LA IGLESIA A JESÚS, EL CRISTO José Antonio Pagola

(Revista *FRONTERA* n° 5: "VOLVER A JESÚS, EL CRISTO")

Durante las últimas décadas se han multiplicado los estudios sociológicos, las encuestas y sondeos, no sólo sobre la "crisis religiosa" que se está produciendo en las sociedades más desarrolladas y que suele ser designada de muchas formas ("eclipse de Dios", "crisis de Dios", "nihilismo", "secularización", "era postcristiana"...), sino, más en concreto, sobre la situación crítica y decadente de las Iglesias cristianas en occidente. Estos estudios y estadísticas son de gran valor para tomar conciencia de los profundos cambios que se están produciendo en la Iglesia y los que se van a producir en un futuro inmediato. Tratar de ignorarlos sería cerrar los ojos a la realidad para afrontar el futuro de manera ciega, inconsciente e irresponsable. Como dice el conocido

obispo francés Claude Dagens, estos estudios son "revelaciones exteriores" que nos ayudan a conocer mejor el cambio profundo que se está operando en la conciencia religiosa de nuestras gentes y en la configuración real de la Iglesia'. Pero, tal vez, **lo más importante en estos momentos** no es seguir elaborando análisis sociológicos, sino **intentar una lectura más profética de la situación actual de la Iglesia, aunar esfuerzos para ir viendo con más claridad cuáles son las preguntas clave que nos hemos de hacer y esforzarnos, en definitiva, por escuchar mejor "lo que el Espíritu dice a las Iglesias"**.

I. ALGUNOS HECHOS EN LA IGLESIA ACTUAL

Voy a comenzar por destacar algunos "hechos mayores" que nos permitan contar con un punto de partida para suscitar va algunas preguntas sobre la necesidad y la posibilidad de **una conversión más radical de la Iglesia a Jesucristo**.

1. EL RIESGO DE LA REACCIÓN AUTOMÁTICA

Condicionados por los estudios sociológicos, los sondeos y las estadísticas, corremos el riesgo de reaccionar de manera automática. Sin darnos cuenta los datos sociológicos adquieren un peso decisivo, se van cargando de autoridad y se convierten, con frecuencia, en el factor determinante de las actitudes y de la actuación de grandes sectores de la Iglesia, sin detenernos apenas a discernir cuál debería ser hoy la reacción adecuada de los seguidores de Jesús. Puesto que los datos son claramente negativos (descenso de la práctica religiosa, envejecimiento de las personas y de las estructuras, abandono de la Iglesia por parte de amplios sectores, dificultad creciente para transmitir la fe, ausencia de las nuevas generaciones, falta de vocaciones para el servicio presbiteral y para la vida religiosa...), **lo primero que se observa es que en amplios sectores se ha generado casi espontáneamente un estado de ánimo marcado por el desaliento, la amargura, la resignación, la pasividad, la impotencia o el desencanto**. Son las palabras que más se repiten en muchos análisis y estudios pastorales. No es posible calcular el número de sacerdotes, religiosos/as y agentes de pastoral que siguen trabajando fielmente, como siempre, aunque en su interior vivan secretamente convencidos de que lo que están haciendo no tiene probablemente futuro. **Es triste ver cómo las energías espirituales que hay en el pueblo creyente van quedando sin explotar, bloqueadas por este clima de desaliento y desencanto generalizado**. Más triste es observar las actitudes de nerviosismo y de miedo que van tornando cuerpo en la Iglesia, generadas por el instinto de conservación y no por el Espíritu de Cristo, que es siempre "dador de vida". En estos momentos existe el

peligro real de que la Iglesia se vaya configurando desde fuera, como reacción a la situación sociológica de crisis, no como fruto de apertura valiente y confiada al Espíritu de Jesucristo. **Voy a señalar brevemente tres aspectos**: La Iglesia corre el riesgo de sentirse amenazada por toda clase de enemigos y peligros externos: la historia va contra ella; el mundo es su gran adversario. En algunos, se puede despertar incluso el fantasma de la "persecución". Es grande entonces la **tentación de replegarse sobre sí misma para adoptar una actitud autodefensiva que está muy lejos de la misión que nos dio Jesús de salir a promover el reino de Dios, curar gratis la vida de las gentes y sembrar la paz** como ovejas en medio de lobos. Esto puede llevar a algunos a "buscar enemigos" en la sociedad para condenarlos implacablemente. De manera casi inconsciente se puede llegar así a hacer de la denuncia y la condena un programa pastoral, incluso la tarea más decisiva y urgente de la Iglesia. No hemos de olvidar, por otra parte, que el sentimiento de debilidad y la pérdida de poder social pueden despertar el resentimiento y la agresividad. Desde esta actitud se hace casi imposible anunciar a Dios como amigo de la vida y comunicar la compasión de Jesús a todo ser humano, por muy "perdido" que aparezca ante nuestros ojos. El miedo invita también a buscar en el interior mismo de la Iglesia a los culpables de un estado de cosas tan complejo y doloroso para todos. Para algunos, los verdaderos y casi únicos culpables son los dirigentes religiosos, una Jerarquía incompetente y poco lúcida, paralizada colectivamente por el miedo, cerrada a los tiempos modernos y poco abierta a las llamadas del Espíritu. Para otros, por el contrario, son los teólogos disidentes quienes están minando la fe verdadera, desmantelando a la Iglesia, erosionando su prestigio y ofreciendo a los adversarios más razones para sus ataques. Mientras tanto, apenas se escucha la voz del pueblo creyente y, aunque se hacen llamadas convencionales a buscar la comunión, no se alimenta

una dinámica de diálogo, no se hacen esfuerzos por aunar fuerzas, sino que crecen las mutuas descalificaciones y enfrentamientos entre obispos y teólogos; entre teólogos de diferentes tendencias; entre movimientos, comunidades, grupos, blogs de signo diferente. No es fácil que una Iglesia de estas características pueda transmitir a la sociedad actual un testimonio de esperanza y un mensaje de aliento.

2. RESTAURACIONISMO.

En unos momentos en que, probablemente, habría que tomar decisiones de gran alcance — tanto en lo doctrinal como en lo pastoral—, para estar activamente presentes en la sociedad moderna y en su devenir hacia un futuro desconocido e incierto, la cúpula de la Iglesia ha decidido, al parecer, encerrarse en la restauración, con el riesgo de hacer del cristianismo una religión del pasado, cada vez más anacrónica y menos significativa para las nuevas generaciones. En vez de vivir caminando con los hombres y mujeres de hoy, colaborando desde el proyecto del reino de Dios en la marcha hacia una sociedad más justa, más compasiva y más digna del ser humano, parece que la Iglesia se encierra en la conservación firme, rígida y disciplinada de su tradición religiosa, convencida de que esto es lo mejor en estos momentos en una sociedad que se aleja progresivamente de Dios y de la moral cristiana para deslizarse hacia el nihilismo y el vacío moral. El Concilio Vaticano II significó un giro que abría horizontes de libertad, de apertura y de creatividad que hasta entonces estaba prohibido soñar. Se dieron pasos muy importantes en la línea de la afirmación de la libertad religiosa, el respeto a la autonomía de lo temporal, el diálogo con el mundo o el servicio a la sociedad moderna. Se abrieron posibilidades nuevas para impulsar la evangelización, la renovación de la celebración litúrgica, la animación de las comunidades cristianas y la corresponsabilidad del Pueblo de Dios. Tal vez faltó una preparación de los espíritus y un esfuerzo sostenido de conversión humilde. Pronto se despertó el miedo y entró en muchos el vértigo. Los años turbulentos vividos después del Concilio han ido llevando a la cúpula de la Iglesia a una decisión: hay que dar marcha atrás. Son muchos los que piensan que ha llegado la hora de la rectificación progresiva pero firme; hay que cortar el proceso de decadencia y descomposición propiciado por el Concilio; no podemos seguir permitiendo orientaciones doctrinales ni prácticas pastorales llenas de los peligros de esa modernidad de la que, hasta llegar el Concilio, la Iglesia había logrado defenderse condenándola. En este contexto, el conservadurismo se va infiltrando e imponiendo poco a poco en todos los ámbitos y a todos los niveles. En pocos años, se ha ido endureciendo el marco autoritario que lo regula todo: se controla de cerca la investigación teológica y la orientación de las Editoriales católicas; se vigila el cumplimiento estricto de la normativa ritual sin concesión alguna a la creatividad; se controla el lenguaje tradicional; todo parece fijado ya para siempre; se promueven prácticas

devocionales consagradas por la tradición. Todo tiende a favorecer el inmovilismo. Se está llegando a un punto en el que parece que lo único que hay que hacer en estos tiempos de profundos cambios es "conservar"; no hay necesidad de buscar o desarrollar creativamente nada. Si alguien pretende promover las exigencias del Evangelio de manera nueva, se le impedirá ir más allá de lo enseñado y mandado por la autoridad. No se abren espacios para la creatividad, la experimentación, el ensayo, la búsqueda de caminos nuevos. No es posible reconocer entre nosotros el Espíritu de Jesús de poner "el vino nuevo en odres nuevos".

3. PASIVIDAD DEL PUEBLO CRISTIANO.

El rasgo más generalizado de los cristianos que no han roto con la Iglesia es seguramente la pasividad. No hay que olvidar ese número importante y valiosísimo de cristianos/as que viven activamente comprometidos en parroquias, grupos, comunidades, áreas de marginación, proyectos educativos o actividades pastorales y evangelizadoras de todo tipo. Como diremos más adelante, ellos y ellas son, a mi juicio, la esperanza y el lugar eclesial desde donde es posible la reacción, el giro, la conversión a Jesucristo y a su proyecto del reino de Dios. Pero todo esto no debe llevarnos a ignorar la pasividad de la mayoría. Durante siglos se le ha educado a la masa de los fieles para la sumisión, la obediencia, el silencio y la pasividad. El cristianismo se ha organizado como una religión de autoridad y no de llamada. (Marcel Légaut, *Crear en la Iglesia del futuro. Santander, Sal Terrae, 1985. Ver su importante reflexión sobre las religiones de autoridad y la religión de llamada, pp.29-138*). Las estructuras que se ha dado a sí misma la jerarquía a lo largo de los siglos no han promovido la corresponsabilidad, la vivencia adulta de su pertenencia a la Iglesia ni la creatividad del Pueblo de Dios. Se ha hecho del movimiento de Jesús una religión en la que sólo una minoría se siente de verdad con responsabilidad eclesial. De manera inconsciente se ha ido anulando la responsabilidad de los laicos y laicas: no se les necesita para pensar, proyectar o decidir sobre el seguimiento fiel de la Iglesia de hoy a Jesucristo. El pueblo cristiano lo siente así: la Iglesia es un asunto de los obispos, curas y religiosas; ellos son los que se han de ocupar de eso. Esta pasividad, cultivada desde siempre entre el pueblo es, tal vez, el principal obstáculo para promover la transformación que necesita hoy la Iglesia de Jesús. Una masa de fieles en actitud pasiva, entregada pasivamente a la dirección de una jerarquía restauracionista, difícilmente va a promover el reino de Dios en el mundo moderno siguiendo los pasos de Jesús. En estos últimos años el distanciamiento entre la cúpula eclesiástica y la base del pueblo cristiano se está convirtiendo en un foso cada vez más profundo. La distancia entre "lo que manda y enseña la Iglesia jerárquica" y "lo que hacen y piensan amplios sectores del pueblo cristiano" es cada vez mayor. La jerarquía se siente guardiana de la tradición y defiende su derecho a actuar con firmeza y a condenar a una sociedad secularizada, que vive cada vez

más de espaldas a Dios. Sin poner en cuestión lo que hay de razonable y legítimo en esta posición, lo que sucede es que buena parte del pueblo cristiano, desde su propia experiencia en la sociedad actual, considera que la jerarquía ha perdido la sensibilidad necesaria para conocer, amar y valorar el mundo actual, para sintonizar con las necesidades reales de los creyentes y para ofrecerles la orientación y el aliento que necesitan para vivir hoy su fe. Esta situación está pidiendo, sin duda, un esfuerzo grande y delicado de mutua escucha, respeto

II. CONVERSIÓN A JESUCRISTO

1. ¿ES POSIBLE LA CONVERSIÓN?

¿Es posible, en estas circunstancias, alguna innovación? ¿Es posible otear en el horizonte algún camino? ¿Qué transformación es posible y necesaria? ¿Puede el cristianismo encontrar en su interior la fuerza espiritual que necesita para desencadenar la conversión a Jesucristo? ¿Volverá la Iglesia a experimentar una vitalidad semejante a la de las primeras generaciones cristianas? ¿Cómo? ¿A qué precio? ¿A través de qué despojos y qué crisis? En pocas palabras, ¿es posible movilizar las fuerzas dentro de la Iglesia actual para impulsar la conversión que necesita? Hemos de decir con dolor que el pesimismo parece estar creciendo en estos momentos. Sólo señalaré dos testimonios recientes y muy significativos. El primero es del conocido teólogo francés, J. P. JOSSUA O.P. Dice así: Desde hace siglos "la Iglesia católica está inevitablemente mal construida... Se puede luchar en el interior para hacerla evolucionar lo más posible, gestionar espacios de libertad, dar responsabilidad, pero es una ilusión creer que se puede verdaderamente cambiar la estructura de la Iglesia... Hemos tenido un papa evangélico, hemos tenido un concilio extraordinario... y luego vemos cómo todo vuelve a lo mismo. Todos esos estadios antiguos, creo que son estructurales. Pero hay que vivir ahí dentro, porque está el evangelio, porque está el Espíritu, e intentar ayudar a encontrar su libertad. Pero eso no significa que podamos reformar por mucho tiempo un sistema tan cimentado, aunque tenga figuras...". La idea que parece estar en el trasfondo del teólogo francés es que los dieciséis siglos transcurridos desde "el giro constantiniano" hasta nuestros días han consolidado una estructuración de la Iglesia que es prácticamente imposible cambiar. Se podrán obtener algunos logros positivos de corresponsabilidad, libertad, creatividad en el interior de esa Iglesia "mal construida", pero el movimiento de seguidores de Jesús está lastrado definitivamente por esa "mala construcción" que no puede ser cambiada. J. P. Jossua no es muy explícito en la entrevista. Puede estar pensando en la centralización actual de la Curia romana, la institución de los cardenales, la estructura del Estado Vaticano y la red de las nunciaturas apostólicas, el modo de elegir al Papa y de nombrar obispos, el dominio casi absoluto de la Jerarquía en todo, la marginación del Pueblo de Dios, la exclusión de la mujer del sacerdocio, la inculturación de

recíproco, diálogo sincero y humildad grande ante cuestiones nuevas, complejas y de gran trascendencia, para las que no tenemos respuestas claras y definitivas. Por desgracia, no es esto lo que está sucediendo. La jerarquía endurece más su discurso, pero no logra acrecentar su autoridad ni su credibilidad en el pueblo. Al contrario, en algunos sectores crece todavía más el desafecto, la resignación o la indiferencia.

la fe en la cultura grecolatina, la estructuración actual de la Cena del Señor... ¿Hemos de resignarnos realmente a que esta Iglesia no pueda ser construida de una forma más fiel a Jesús y a su proyecto del reino? ¿Esta Iglesia, tal como está hoy construida ha de permanecer inmutablemente de manera perpetua en los siglos venideros? Otro testimonio significativo es el del cardenal de Milán, Carlo M. Martini, desde su retiro de Jerusalén. A lo largo de su entrevista recogida con el título de "Coloquios nocturnos en Jerusalén" aparece constantemente el coraje, la audacia y el espíritu abierto del Cardenal. He aquí algunos ejemplos: Jesús "lucharía con los actuales responsables de la Iglesia y les recordaría que su tarea abarca el mundo entero. Les recordaría que no deben estar cerrados sobre sí mismos, sino mirar más allá de la propia institución". "Les daría muchos ánimos, puesto que muchas cosas suceden hoy en día a causa del miedo" (p.42). "El Concilio se expuso con valentía a las preguntas de la época. Entró en diálogo con el mundo moderno tal como es, sin cerrarse por temor" (p.160). "Lo más importante es que desaparecieron los miedos y los prejuicios" (p.162). "Ciertamente existe hoy la tendencia a apartarse del Concilio" (p.159). Pero "la Iglesia necesita reformas internas. La fuerza de renovación tiene que venir desde dentro" (p.170). Sin embargo, al hablar de cómo está viviendo el momento actual, el Cardenal hace esta confesión: "Antes tenía sueños sobre la Iglesia. Soñaba con una Iglesia que recorre su camino en la pobreza y la humildad, con una Iglesia que no depende de los poderes de este mundo. Soñaba con que se extirpara de raíz la desconfianza. Con una Iglesia que diera espacio a la gente que piensa con más amplitud. Con una Iglesia que diera ánimos, en especial a aquellos que se sienten pequeños o pecadores. Soñaba con una Iglesia joven. Hoy ya no tengo más esos sueños. A los 75 años me decidí a orar por la Iglesia". Carlo M. Martini - George Sporschill. Coloquios nocturnos en Jerusalén. San Pablo, Madrid 2008. El testimonio más reciente es el de Pedro Casaldáliga, obispo emérito de Matogrosso (Brasil), que ha reaccionado en una Circular difundida el mes de febrero de 2009, afirmando que la renuncia de Martini a seguir soñando "no es, no puede ser, una declaración de fracaso, de decepción eclesial, de renuncia a la utopía". Hemos de seguir soñando con la "otra Iglesia posible" al servicio del "otro Mundo

posible". Y el cardenal Martini es un buen testigo y un buen guía en ese camino alternativo. Casaldáliga recoge sus sueños sobre la Iglesia en estas palabras: "*Como Iglesia queremos vivir, a la luz del Evangelio, la pasión obsesiva de Jesús, el Reino. Queremos ser Iglesia de la opción por los pobres, comunidad ecuménica y macroecuménica también. El Dios en quien creemos, el Abbá de Jesús, no puede ser de ningún modo causa de fundamentalismos, de exclusiones, de inclusiones absorbentes, de orgullo proselitista. Ya basta con hacer de nuestro Dios el único Dios verdadero. Mi Dios, ¿me deja ver a Dios?*". Con todo respeto por la opinión del Papa Benedicto XVI, el diálogo interreligioso no sólo es posible, es necesario. Haremos de la corresponsabilidad eclesial la expresión legítima de una fe adulta. Exigiremos, corrigiendo siglos de discriminación, la plena igualdad de la mujer en la vida y en los ministerios de la Iglesia. Estimularemos la libertad y el servicio reconocido de nuestros teólogos y teólogas. La Iglesia será una red de comunidades orantes, servidoras, proféticas, testigos de la Buena Noticia: una Buena Nueva de vida, de libertad, de comunión feliz. Una Buena Nueva de misericordia, de acogida, de perdón, de ternura, samaritana a la vera de todos los caminos de la Humanidad. Seguiremos haciendo que se viva en la práctica eclesial la advertencia de Jesús: 'No será así entre vosotros' (Mt 21, 26). Será la autoridad servicio. El Vaticano dejará de ser Estado y el Papa no será más Jefe de Estado. La curia habrá de ser profundamente reformada y las Iglesias locales cultivarán la inculcación del Evangelio y la ministerialidad compartida. La Iglesia se comprometerá, sin miedo, sin evasiones, en las grandes causas de la justicia y de la paz, de los derechos humanos y de la igualdad reconocida de todos los pueblos. Será profecía de anuncio, de denuncia, de consolación. La política vivida por todos los cristianos y cristianas será aquella 'expresión más alta del amor fraterno' (Pío XI)". La circular de Pedro Casaldáliga se ha difundido por internet en febrero de 2009 y lleva por título "Hoy ya no tengo esos sueños (dice el Cardenal Martini)". Es sabido que tanto Casaldáliga como Martini comparten la enfermedad de Parkinson. Por eso, Casaldáliga termina su escrito con estas admirables palabras: "El Parkinson es sólo un percance del camino y seguimos Reino adentro".

2. VOLVER A JESÚS, EL CRISTO

Se puede decir que **el giro que necesita el cristianismo actual, la autocorrección decisiva, el cambio básico consiste sencillamente en volver a Jesucristo: centrarse con más verdad y fidelidad en su persona y en su proyecto del reino de Dios.** No es exagerado decir que esto es lo que puede marcar de manera decisiva y positiva el futuro del cristianismo. Esta conversión más radical a Jesús, el Cristo, es lo más importante que puede ocurrir en la Iglesia los próximos años. Muchas cosas habrá que hacer, sin duda, en estos momentos, pero ninguna más decisiva que impulsar esta conversión. Juan

Pablo II se expresaba así a comienzos del siglo veintiuno: "No nos satisface la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No. No será una fórmula la que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: "Yo estoy con vosotros". Esta conversión no es un esfuerzo que se le pide a la Jerarquía, una aportación que se les ha de exigir a los religiosos/as, a los teólogos o a un sector concreto de la Iglesia. Es una conversión a la que está llamada hoy toda la Iglesia. Una conversión "sostenida" a lo largo de los próximos años, que hemos de iniciar ya las generaciones actuales y que hemos de transmitir a las generaciones futuras. Después de veinte siglos de cristianismo, el corazón de la Iglesia necesita conversión y purificación. **En unos momentos en que se está produciendo un cambio cultural sin precedentes, la Iglesia necesita una conversión sin precedentes.** La Iglesia necesita un "corazón nuevo" para engendrar de manera nueva la fe en Jesucristo en la cultura moderna: un corazón capaz de responder con más verdad a su único Señor. Sin esta conversión a Jesucristo, no es posible entrever el futuro que le espera al cristianismo entre nosotros. Es conocido el texto apasionado del P. Henry Lubac en su Meditación sobre la Iglesia: "Si Jesucristo no es su riqueza, la Iglesia es miserable. Es estéril si el Espíritu de Jesús no florece en ella. Su edificio es ruinoso, si Jesucristo no es el arquitecto y su Espíritu no es el cimiento de las piedras vivas con las que ella se ha de construir. No posee hermosura alguna si no refleja la única hermosura del Rostro de Jesucristo y si no es el Árbol cuya raíz es la Pasión de Jesucristo. La ciencia de la que ella se engríe es falsa y falsa también la sabiduría que la adorna, si no se resumen la una y la otra en Jesucristo. Toda su gloria es vana, si no se la pone en la humildad de Jesucristo. Su mismo nombre nos es extraño si no nos evoca enseguida el único Nombre dado a los hombres para su salvación. Ella es nada, si no es el sacramento, el signo eficaz de Jesucristo. *H. Lubac, Méditation sur l'Eglise, p.188-189, citado por Claude Dagens, Méditation sur l'Eglise Catholique en France: libre et présent, Paris, Cerf, 2008, p.28.* Cuando hablamos de "volver a Jesús", no estamos hablando de un aggiornamento, una puesta al día, una adaptación a los tiempos de hoy. Algo, por otra parte, absolutamente necesario si la Iglesia quiere cumplir su misión hoy. Estamos hablando de "conversión a Jesucristo". Volver al que es la fuente y el origen de la Iglesia. El único que justifica su presencia en medio del mundo y de la historia. Dejarle a Jesús ser él en la Iglesia. Dejarle al Dios encarnado en Jesús ser el único Dios de la Iglesia, el Dios amigo de la vida y del ser humano. Sólo desde esa conversión será posible el verdadero "aggiornamento", el servicio evangelizador al mundo de hoy. "Volver a Jesús" no es tampoco un esfuerzo de reforma religiosa. Cuando muchos han olvidado lo esencial, cuando ya es difícil **captar en el centro del cristianismo el seguimiento a Jesús como tarea primordial,** cuando la compasión no ocupa un lugar central en el ejercicio de la autoridad religiosa ni del

quehacer teológico, cuando el movimiento de Jesús no está centrado en el objetivo del reino de Dios, lo que se necesita no es una reforma sino una verdadera conversión al Espíritu de Jesús. De hecho se puede vivir correctamente como miembro de la religión cristiana a un nivel en que no parece necesaria o, al menos, no se exige una conversión real a Cristo como inspirador de una vida de "discípulos" y "seguidores". Mientras no sepamos hacer con Jesús algo más que una "religión", el cristianismo no estará desarrollando todas sus posibilidades como movimiento llamado a profundizar y actualizar la lucha por el reino de Dios inaugurada por Jesús. Por eso, el cambio que necesitamos para que no quede todo reducido a una religión encerrada en sí misma y en su pasado es una conversión y una renovación espiritual sin precedentes. Volver a Jesús es mucho más que introducir cambios en la celebración ritual de la liturgia o innovaciones en la organización pastoral. Naturalmente, todo esto es necesario y no se debería demorar o retrasar más, pero la conversión a Jesucristo no se limita a reformas litúrgicas introducidas por los especialistas ni a readaptaciones de la acción pastoral ensayadas por los expertos. La renovación espiritual que necesita hoy la Iglesia no va a brotar sólo de una práctica más digna y adecuada de los sacramentos ni de una acción pastoral más realista y mejor coordinada. Menos aún, si ni siquiera se pueden ensayar modestas innovaciones sin levantar recelos, resistencias y hasta condenas de quienes pretenden evangelizar el mundo de hoy desde el pasado. Necesitamos una conversión a Jesús a un nivel más profundo. **Volver a las raíces, a lo esencial, a lo que Jesús vivió y contagió. Es necesario que quienes vayan impulsando las reformas necesarias sean "testigos" de Jesús que reproduzcan hoy su vida y su mensaje porque están acogiendo la fuerza del Espíritu.** Así se dice en los Hechos de los Apóstoles: "Vosotros recibiréis la fuerza (dynamis) del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos (martyres) en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra". Necesitamos "mártires" de Jesús que, llenos de Espíritu, introduzcan en la Iglesia una nueva "dinámica", la de Jesús. Si lo esencial se ha ido olvidando poco a poco, **ya no basta un retorno a las fuentes tal como se utilizaron en otros tiempos. Es necesario volver a la experiencia fundante,** enraizar a la Iglesia en Jesucristo como única fuente de nuestro ser, la única verdad de la que nos está permitido vivir y crecer. La Iglesia necesita abrirse hasta adonde sea posible al Espíritu siempre vivo de Jesús que le permita y la impulse a vivir su misión de manera creativa y no desde unas estructuras que le dictan para siempre el camino a seguir. **Necesita vivir de la Presencia del resucitado que le ayude a reengendrarse hoy,** y no sólo someterse a unas leyes que la modelan desde fuera. Necesita vivir de la llamada de Jesús que la atraiga interiormente a ser nueva en cada momento histórico y no sólo atender órdenes y directrices que le impongan desde fuera cómo estar en estos tiempos. Por

eso, no basta poner orden en la Iglesia ni mejorar el funcionamiento eclesial. La conversión a Jesucristo exige búsqueda incesante para descubrir y revivir lo esencial del evangelio como algo siempre nuevo. Por otra parte, la conversión a Jesús es mucho más que una adhesión doctrinal o cultural a Jesús. No basta con adherirse a una doctrina cristológica ni con profesar a Jesús como Mesías e Hijo de Dios en la liturgia. En la conversión es determinante el seguimiento vital a Jesús y la comunión mística con su persona. A lo largo de los siglos, por razones históricas y contingentes que no podemos exponer aquí, Jesús ha quedado "objetivado" en conceptos doctrinales y fórmulas dogmáticas. Esta objetivación doctrinal ha favorecido en el curso de la historia de la liturgia una "objetivación cultural" que ha ido convirtiendo cada vez más el culto en veneración solemne del poder y la gloria divina de Jesús. De manera inconsciente y sin pretenderlo, el cristianismo ha ido encerrando a Jesucristo en un "relicario" doctrinal y cultural que no facilita, sino obstaculiza la comunión viva y personal con Jesús". Volver a Jesús significa liberarlo de esa fijación doctrinal y cultural en la que se encuentra prisionero, para promover el seguimiento al Jesús vivo y concreto de Galilea y la comunión con el Crucificado resucitado por el Padre, que pervive hoy en su Iglesia. Según E. Biser, la consigna a seguir hoy para superar cualquier objetivación que grava y dificulta la relación viva de Jesús con sus seguidores es "¡Fuera del relicario!". Con frecuencia se piensa que basta el Magisterio oficial de la Iglesia para que, custodiando fielmente el "depósito de la fe" y controlando doctrinalmente a los fieles, impida que el pueblo pierda su identidad cristiana. **Se olvida el "magisterio interior" de Cristo, absolutamente necesario, para que su Espíritu perviva en la Iglesia.** Es necesario recuperar a Cristo como Maestro interior: "Vosotros no os dejéis llamar 'maestro', porque sólo uno es vuestro Maestro y todos vosotros hermanos" No es suficiente el desarrollo dogmático ni el control magisterial para conducir al cristianismo a la verdad esencial y vivificadora de Jesucristo. Es necesario recuperar a Jesús como "facies veritatis" (S. Agustín): el rostro de la verdad hecha vida humana. La Iglesia necesita ser mirada e interpelada por este Rostro de Jesús. Y es necesario no olvidar la acción del Espíritu Santo al que es necesario acoger: "Cuando venga el Espíritu Santo de la verdad, os iluminará para que podáis entender la verdad completa... todo lo que el Espíritu os dé a conocer, lo recibirá de mí". Esta acción del Espíritu Santo es la que puede conducir al cristianismo hacia la "verdad completa" que se nos muestra ya en el rostro de Jesús. Esta verdad completa es mucho más que asentir a una doctrina. Es irradiar a Dios, Amigo de la vida y Padre de todos, como lo hacía él; asumir la responsabilidad del reino de Dios en el mundo como él; ocuparse y preocuparse del sufrimiento de los dolientes como él; vivirlo desde la compasión de Dios como él.

III. ALGUNAS LÍNEAS DE ACCIÓN

1. RECUPERAR LA IDENTIDAD DE SEGUIDORES DE JESÚS

- **Nueva relación con Jesús**

La conversión que se nos pide tiene que ver en concreto con una calidad nueva de nuestra relación vital con Jesús. **Un cristianismo sin relación viva con Jesús no tiene futuro.** Una Iglesia formada por cristianos que se relacionan con un Jesús mal conocido, vagamente captado, confesado de vez en cuando de manera abstracta y doctrinal, un Jesús mudo del que no se puede escuchar nada especial para el mundo de hoy, un Jesús apagado e inerte, que no enamora ni seduce, que no llama ni toca los corazones, es una Iglesia sin futuro. Una Iglesia que se irá envejeciendo, apagando y olvidando en la sociedad moderna. Volver a Jesús es transformar la relación con él. Volver al "primer amor", dejarnos "alcanzar" por su persona. **Dejarnos coger no sólo por una causa, un ideal, una misión, una religión, sino por la persona de Jesús,** por el Dios vivo encarnado en Jesús. Dejarnos transformar lenta, pero profundamente por ese Dios apasionado por una vida más digna, más humana y dichosa para todos, empezando por los más pequeños, indefensos y excluidos. **Necesitamos una Iglesia marcada por la experiencia de Jesús. Impulsada por creyentes que tienen conciencia de vivir desde él y para su proyecto del reino de Dios.** Cristianos que pertenecen a Jesús y que, sólo porque le pertenecen a él, pertenecen a la Iglesia y están en ella esforzándose por hacerla más fiel al evangelio. Cristianos que, a todos los niveles, van introduciendo a Jesús en la Iglesia como lo mejor, lo más valioso, lo más bello y atractivo, lo más amado: la fuente escondida pero poderosa de la que viven los cristianos.

- **Recuperar nuestra verdadera identidad**

Volver a Jesús tiene sus exigencias y sus frutos concretos. **Significa, en primer lugar, recuperar nuestra identidad, la identidad irrenunciable de seguidores de Jesús. Recuperar nuestras raíces.** Hacer creer nuestra conciencia de seguidores de Jesús en el interior de la Iglesia. Crear identidad cristiana. Buscar en Jesús la identidad más profunda de la Iglesia. Aprender a mirar las cosas con sus ojos, a sentirlo todo con su corazón, a proyectarlo todo con su esperanza y su pasión. Crecer en libertad, confiada, entregada, disponible, al servicio de su proyecto apasionante de humanizar el mundo. Se trata, más en concreto, de caminar en los próximos años hacia un nivel nuevo de existencia cristiana, **pasar a una nueva fase del cristianismo, más inspirada y motivada por Jesús, mejor estructurada para el servicio al proyecto del reino de Dios.** Se nos llama a "dejar atrás" una Iglesia poco fiel al evangelio y acoger al Espíritu de Jesús para edificar otra Iglesia con criterios y actividades más propias de él. No importa nuestro lugar, nuestro cargo o responsabilidad en el interior de la Iglesia. **A todos se nos invita a colaborar en esta tarea difícil, pero atractiva, de pasar en la historia del cristianismo a una**

fase nueva, más fiel a Jesucristo. Todos podemos contribuir a que en la Iglesia del futuro se le sienta y se le viva a Jesús de manera nueva. Podemos hacer que la Iglesia sea más de Jesús. Con nuestra manera de seguir a Jesús podemos dar a la Iglesia un rostro más parecido al suyo. Podemos hacer que se sienta más cercana, pequeña y vulnerable junto a los indefensos y olvidados, como se sentía Jesús. Que se sienta "amiga de pecadores" e indeseables, necesitados de acogida y perdón, como se sentía él.

- **Educación en los gestos del reino de Dios**

En medio de la crisis religiosa que parece invadirlo todo, cuando todo parece confuso, incierto y desalentador, **nada nos impide poner amor compasivo en el mundo. Es lo que hizo Jesús.** Un amor que refleje las variadas formas y expresiones con que amaba él: cercanía, ternura, amistad, generosidad atractiva, solidaridad dramática con los últimos, denuncia arriesgada, perdón incondicional. ¿Por qué no va haber en estos momentos en el mundo una Iglesia humilde y sencilla que acompañe a los hombres y mujeres de hoy, con testigos que actualizan el rostro y las actitudes de Jesús? El amor no es teórico. Se concreta en gestos. En la religión católica son importantes los gestos sacramentales: el bautismo, la eucaristía, la confirmación, la reconciliación, el matrimonio y acogemos su gracia y su espíritu. En esos gestos religiosos confesamos y celebramos nuestra fe en Jesús, el Señor resucitado. Pero el movimiento de seguidores que puso en marcha Jesús, el Señor resucitado es mucho más que una religión. Es una religión al servicio del reino de Dios. Una religión, por tanto, que anuncia el reino de Dios y su justicia, y lleva a cabo gestos que anticipan y expresan el mundo nuevo que busca Dios. De ahí la importancia de volver a poner en primer plano los gestos del reino de Dios, introduciendo y actualizando en el mundo la práctica gestual o sacramental de Jesús. Señalamos brevemente los más notables: Cercanía a los últimos y distanciamiento de los intereses de los primeros; **gestos curadores, encaminados a aliviar el sufrimiento y a generar una vida más sana y digna; contacto directo con "leprosos", impuros y excluidos invitando a la comunión y la convivencia fraterna; acogida, abrazo y bendición a los pequeños, colocados por Jesús en el centro de sus seguidores como los seres más necesitados de atención, cariño y servicio; amistad, mesa compartida y acogida perdonadora a pecadores y gentes perdidas, buscados solamente por Dios; amistad y amor hacia la mujer, defensa de su dignidad y creación de espacios sin dominación masculina...**

2. INTRODUCIR LA VERDAD DE JESÚS EN EL CRISTIANISMO ACTUAL

- **Lectura profética de este momento**

Para impulsar esta conversión a Jesús, hemos de comenzar tal vez por hacer una lectura profética del

cristianismo actual, es decir, una lectura desde otras claves de análisis de la realidad, más hondas que las de las ciencias humanas. Hemos de leer el momento actual no sólo desde la sociología o la historia, sino desde un nivel más hondo: desde el Espíritu de Jesús. Las preguntas que hemos de hacernos son de carácter profético: ¿Por dónde quiere llevar Dios hoy al mundo y a la Iglesia hacia su reino? ¿Dónde podemos experimentar hoy que el reino de Dios se está acercando? ¿Dónde podemos escuchar los cristianos de hoy la llamada a creer en esta Buena Noticia? ¿Qué hay que dejar atrás? ¿Cómo hay que mirar al futuro? ¿Qué actitudes son las que hemos de despertar en estos momentos? ¿Hasta cuándo hemos de seguir sin reaccionar de manera más responsable, lúcida y esperanzada, reavivando la fe en Jesús, vivo y operante en la historia humana?

• **Poner la verdad de Jesús en nuestro cristianismo**
El primer objetivo de esta lectura profética es introducir la verdad de Jesús entre nosotros; discernir qué hay de verdad y qué hay de mentira en el cristianismo actual; qué hay de verdad y de mentira en nuestros templos y en nuestras curias, en nuestras celebraciones y en nuestras actividades pastorales; en nuestros objetivos, proyectos y estrategias. Lo primero es dar pasos hacia mayores niveles de verdad en nuestras parroquias, en las Iglesias diocesanas y en las instancias centrales de la Iglesia. No cerrar los ojos. No aceptar la pasividad. No resignarnos a un cristianismo sin conversión. Crear en la Iglesia interrogantes encaminados a buscar nuestra verdad más auténtica. ¿Hasta cuándo podremos seguir sin hacer un examen de conciencia colectivo en la Iglesia, a todos los niveles? ¿Por qué no se promueve ya una revisión honesta de nuestro seguimiento a Jesús? Una persona sólo se convierte y renueva realmente, cuando reconoce sus errores y pecados; sólo entonces le es posible volver a su verdad más auténtica. ¿Cómo podrá la Iglesia de Jesús dar pasos hacia su conversión, si no reconocemos nuestros errores y pecados? ¿No hemos de discernir cuanto antes, a la luz de Jesús, los caminos equivocados que sólo nos pueden llevar a la extinción, y los caminos de verdad que nos llevarán a una Iglesia nueva? ¿No hemos de ir separando la escoria acumulada durante siglos para extraer lo mejor que hay en el corazón del cristianismo?

• **Poner en cuestión falsas seguridades**
Poner verdad en la Iglesia significa poner en crisis falsas seguridades que nos impiden escuchar la llamada a la conversión. Purificar esa peligrosa conciencia de sentirnos la "Iglesia de Jesús", sin revisar mínimamente si le estamos siendo fieles o no. Esa convicción de que tenemos una misión única en la historia de la humanidad sin escuchar a qué nos envía realmente hoy Jesús. Esa seguridad inconsciente de pretender proclamar a Jesús sin ser una Iglesia oyente de su Palabra, de pensar que podemos ser "maestros de humanidad" sin ser discípulos atentos de Jesús, creernos sus testigos sólo por confesar verbalmente que somos cristianos. Es un error sentirnos "Iglesia santa" sin hacer un esfuerzo mayor por

reconocer nuestros pecados y mediocridad. Esperar que podemos contar con la bendición de Jesús incluso para mantener y desarrollar nuestros propios intereses eclesiásticos. Creer que Dios tiene que llevar a cabo su acción salvadora en el mundo, ajustándose a los caminos que nosotros le trazamos, incluso aunque estén viciados por nuestra mediocridad e infidelidad al evangelio. ¿Por qué nos sentimos tan seguros? ¿Por qué Jesús va a identificarse con nuestra manera poco fiel de entender y de vivir tras sus pasos? ¿Por qué va a confirmar nuestras incoherencias y desviaciones de su proyecto? ¿Por qué va a estar a nuestro servicio cuando nosotros no estarnos al servicio del reino de Dios? La Iglesia no puede seguir su marcha a lo largo de la historia tranquila y segura, sin escuchar la llamada de Jesús a la conversión. Jesús ama a su Iglesia, pero su amor no ha de encubrir lo que de pecado hay en ella. Jesús no puede ser para su Iglesia un falso tranquilizante. ¿Por qué escuchamos de manera tan aguda el juicio de Dios al mundo moderno y nos mantenemos tan sordos para escuchar la crítica que nos llega de él a la Iglesia? La verdad y la mentira de nuestro seguimiento a Jesús. En definitiva, hemos de sondear la verdad de nuestro seguimiento a Jesús. Descubrir positivamente ese núcleo básico de seguimiento fiel a Jesús que hay en la Iglesia y en muchos cristianos buenos, más allá de instituciones y tradiciones del pasado. La Iglesia seguidora de Jesús es mucho más que su doctrina, sus instituciones o sus logros del pasado. Hay una Iglesia animada por el Espíritu y el fuego de Jesús que vive y opera también hoy en sus mejores seguidores y seguidoras. Pero hemos de detectar también con más honestidad y humildad las desviaciones y adulteraciones del cristianismo actual. No hemos de tener miedo para poner nombre a nuestros pecados. No hemos de ocultar nuestros errores. No nos hace bien. No se trata de echarnos las culpas unos a otros para justificar cada uno nuestra propia mediocridad. Es un error pensar que la Iglesia se irá convirtiendo a Jesús sólo con criticamos y descalificamos unos a otros. Lo que necesitamos es reconocer el pecado actual de la Iglesia como pecado nuestro, de todos, un pecado del que todos somos más o menos cómplices, sobre todo con nuestra omisión, pasividad o mediocridad. El pecado de la Iglesia está en nuestros corazones y en nuestras estructuras, en nuestras vidas y en nuestras teologías. Entre todos estamos haciendo que la Iglesia de hoy no esté a la altura de lo que Dios espera de ella. La historia de la Iglesia con Jesús, su Señor, es como la historia del pueblo elegido con su Dios: una historia de amor y de infidelidades. La Iglesia ama a Jesús, pero, cuando lo olvida, corre tras otros amantes. No estamos inmunitizados contra el pecado de la prostitución. No basta decir "somos hijos de la Iglesia", como en otros tiempos se decía "somos hijos de Abraham". El corazón de la Iglesia puede estar ocupado por falsos amores: alianzas indebidas con diversos poderes; estrategias poco evangélicas; servidumbres que nos hacen perder libertad; búsqueda de seguridad; cobardía para asumir la

crucifixión; ambigüedad e impureza de nuestro servicio al reino de Dios.

3. HACIA UN FUTURO NUEVO

• Reavivar la esperanza

La Iglesia necesita palabras críticas que pongan verdad en su interior, pero necesita también palabras de aliento que despierten su esperanza. Más que darle vueltas y más vueltas a la crisis actual buscando algún consuelo, lo que necesitamos es construir nuevas bases que hagan posible la esperanza. No seguir desarrollando pesimismo inútil que no conducen a nada, sino abrir los corazones de los creyentes y abrir las comunidades cristianas a la confianza, a la esperanza, a la preparación de un futuro nuevo. Hablamos de esperanza, no de sueños ni de proyecciones de nuestro corazón desconcertado, ni de evasión de un presente triste y difícil. Esta esperanza realista sólo se puede fundamentar en el Dios encarnado y revelado en Jesús. No sabemos qué va a suceder en la historia de la Iglesia entre nosotros. No sabemos cuándo, cómo y por qué caminos actuará Dios para seguir impulsando su reino. No podemos mirar al futuro sólo desde nuestros cálculos y previsiones, hemos de potenciar la fe que espera y confía en el Dios de Jesús. En él se encierra también hoy un "enorme potencial de esperanza" que puede ensanchar el corazón encogido de los cristianos. ¿Cómo puede mirar la Iglesia al futuro, cuando parece que no hay futuro? Sólo desde la confianza en el Dios de Jesús. La Iglesia no puede fundamentar su porvenir sobre sí misma. No puede disponer de su destino. Sólo Dios tiene la palabra última y decisiva sobre la vida de la Iglesia. Sólo Dios salva. Él seguirá llevando adelante su proyecto de salvación del mundo. Él lo irá haciendo realidad, con nosotros o sin nosotros. Dios no se echa atrás. Ni la secularización moderna ni el pecado de los seguidores de Jesús bloqueará su acción salvadora.

• Hacia una nueva fase del cristianismo

La esperanza se vive preparando nuevos tiempos para la Iglesia, desde ese proyecto del reino que Dios tiene en su corazón para toda la humanidad. Hoy se nos pide ir empujando paso a paso a la Iglesia a ser de Jesús más de lo que hoy es. No es el momento de inventar recetas fáciles ni de vender seguridades falsas, sino de promover la vuelta a Jesús como talante, como fundamento y corno principio de una nueva fase de Iglesia. Se nos pide movilizarnos para ir, poco a poco, replanteándolo todo desde una fidelidad nueva a Jesús. Dios es insondable, es siempre nuevo, mejor de lo esperado. Al cristianismo le esperan todavía grandes sorpresas. Dios es Dios. Para él, veinte siglos no son nada. El cristianismo no ha dado todavía lo mejor. No hay recetas concretas, pero hay caminos de búsqueda. Se necesitan testigos nuevos de Jesús, que inicien caminos nuevos en la historia del cristianismo. Parroquias que empiecen a sugerir y preparar, con su vida y sus compromisos, tiempos

.....

nuevos para la Iglesia. Comunidades que lleven a la Iglesia hacia un nivel de calidad humana y cristiana más auténtico. Que generen una nueva manera de percibir el evangelio, una conciencia más viva de ser seguidores de Jesús y una responsabilidad más consciente y práctica en el servicio al reino de Dios. Hemos de iniciar caminos nuevos que reclaman de nosotros mayores niveles de fe, de esperanza y de conversión. Caminos que, poco a poco, van transformando y preparando de manera germinal un cristianismo nuevo, más purificado y más fiel a Jesús.

• Trabajar la conversión y el cambio

Los tiempos de transformaciones radicales son tiempos de gracia y de conversión, que exigen un talante y unas actitudes específicas. Señalo dos. En primer lugar, hemos de aprender a vivir cambiando. Esto significa aprender a "despedir" cosas que ya no evangelizan ni abren caminos al reino de Dios, como tal vez lo hicieron en otros tiempos, y aprender a tantear y ensayar caminos de innovación. Estamos ya "despidiendo" formas tradicionales de pastoral y evangelización, pensadas para una sociedad de cristiandad que ya no existe. Estamos dejando atrás lo viejo y empezamos a dar pequeños pasos hacia lo nuevo y desconocido. Se nos pide, además, darle forma al cambio. Diseñar y experimentar nuevas formas de evangelización, de predicación de Jesús y de comunicación de su evangelio, de estructuras y ámbitos de servicio al reino de Dios. Cada vez nos será más difícil tomar como referencias válidas situaciones pasadas que ya no existen. Hemos de dedicar mucho menos tiempo al análisis de las deficiencias, la escasez de medios, las dificultades... y más tiempo, más oración, más atención y energías a descubrir llamadas nuevas, carismas nuevos y caminos nuevos de conversión innovadora. Los comienzos siempre son siempre frágiles. Vamos a experimentar todavía mucho más el carácter vulnerable y poco significativo de la Iglesia en la sociedad. Compartiremos la condición de "perdedores" con otros sectores de la sociedad. Experimentaremos el alejamiento masivo de bautizados; la escasez extrema de presbíteros; la pérdida de presencia y de poder social. No nos podemos hacer ilusiones de cara al futuro inmediato. Necesitamos arraigar profundamente nuestra fe en el Dios de Jesús. Sólo así seremos capaces de un nuevo comienzo, sin perder la identidad personal y comunitaria de seguidores. Nuestra fuente inagotable de energía es Jesús. Sólo en él vamos a poder encontrar fuerzas para gastar la vida para que su proyecto del reino de Dios siga vivo también en el futuro. Y, seguramente, algunos de nosotros podrán ver, dentro de unas décadas, una Iglesia revitalizada, capaz de transmitir sentido y esperanza. Lo más significativo será ver que los cristianos (pocos y humildes), atrapados durante tantos siglos por sus propios problemas, vuelven a sentirse fascinados por Jesús y su proyecto.